

DE LA SÁTIRA Y DE LOS SATÍRICOS

TIEMPO hacía que deseábamos una ocasión de decir algo acerca de la mala interpretación que se da generalmente al carácter y á la condición de los escritores satíricos. Créese vulgarmente que sólo un principio de envidia, y la impotencia de crear, un germen de mal humor y de misantropía, hijo de circunstancias personales ó de un defecto de organización, pueden prestar á un escritor aquella acrimonia y picante mordacidad que suelen ser el distintivo de los escritos satíricos. Confesamos ingenuamente que estamos demasiado interesados por la tendencia general de los nuestros en desvanecer semejante prevención: no diremos que no hayan abusado muchas veces hombres de talento del dón de ver el lado ridículo de las cosas, y que no le hayan hecho servir algunas para sus fines particulares. Esto es demasiado cierto por desgracia; ¿pero de qué dón de la naturaleza no ha abusado el hombre, y quién será el que se atreva á sacar deducciones generales de meras excepciones?

Nosotros por eso no dejaremos de reconocer en los escritores satíricos calidades eminentemente generosas: en cuanto á las dotes que de la naturaleza debe de haber recibido el que cultiva con buen éxito tan difícil género, ha de poseer suma perspicacia y penetración para ver en su verdadera luz las cosas y los hombres que le rodean; y para no dejarse llevar nunca de las apariencias, que lo cubren todo con su barniz engañoso; profundo por carácter y por estudio, no ha de detenerse jamás en su superficie, sino desentrañar las causas y los resortes más recónditos del corazón humano. Esto puede dárselo la naturaleza; pero es forzoso además que las circunstancias personales lo hayan colocado constantemente en una posición aislada é independiente; porque de otra suerte, y desde el momento en que se interese más en unas cosas que en otras, difícilmente podrá ser observador discreto y juez imparcial de todas ellas. Como el que censura las acciones y

opiniones de los demás es el que naturalmente debe encontrar más dificultad en convencer y persuadir, necesita añadir á su clara vista el arte no menos importante de decir, lo uno porque no hay verdad que mal, ó inoportunamente dicha, no pueda parecer mentira; lo otro, porque rara vez nos persuade la verdad que no nos halaga; y el arte de decir es casi siempre obra del estudio. Son raras además las verdades que la naturaleza nos presenta claras por sí solas, y que no necesitan para ser comprendidas y desarrolladas gran copia de conocimientos. Ni son todas las épocas iguales; y maneras de decir que en un siglo pudieran ser no sólo permitidas, sino lícitas, llegan á ser en otro chocantes, cuando no imposibles. Esta es la razón por qué el satírico debe comprender perfectamente el espíritu del siglo á que pertenece; y esta es la gran diferencia que entre los satíricos de las literaturas antigua y moderna choca al estudioso. El primer satírico de quien, rastreando en la oscuridad de los tiempos, hallamos fragmentos, es Aristóteles, que en sus *Nubes*, sátira dialogada é informe, más bien que comedia, se propuso ridiculizar nada menos que á uno de los primeros filósofos de la antigüedad, el divino Sócrates. Cualquiera que conozca la desnudez desvergonzada de aquella producción nos confesará que hubiera sido execrada en épocas de mayor cultura. Y dejando á un lado los tiempos remotos de la antigua Grecia, pasemos rápidamente la vista sobre el modo de decir de los escritores del siglo cultísimo (con relación sin duda á los anteriores) de Augusto: y dígasenos francamente si el oscuro Persio, si el acre Juvenal, usando de giros más cínicos que los mismos personajes imperiales que satirizaban, hubieran hallado lectores sufridos en nuestro siglo de más hipócritas modales, amigo de giros más mojigatos. Y no hablemos de la licenciosa manera de Cátulo y de Tibulo, de la desnudez de Marcial; contraigámonos al severo Cicerón, al dulcísimo y ameno Virgilio, al cortesano Horacio. Más de un pasaje de la *Catilinaria* ó de la oración contra *Verres*, la *égloga* entera de *Alexis y Coridón*, la oda burlesca á *Priapo*, y otros cien trozos de aquellos órganos del buen gusto romano hubieran provocado gestos de hastío y de indignación, no precisamente en nuestra moderna sociedad, pero aun en el siglo de Luís XIV, más aproximado á ellos que á nosotros. Y descendiendo á éste, el mismo Boileau tan mirado tropezaría con más de un improbador: es

rara la comedia de Regnard y de Molière en que no resaltan trozos, escenas, que ruborizan en el día cuando se repiten al *parterre* francés del siglo XIX.

No queremos decir con esto que un siglo sea mejor que otro, y que nuestras costumbres sean preferibles á aquellas, por más que nos fuese fácil hallar razones en apoyo de esta opinión; pero como quiera que no nos sea posible entrar simultáneamente en dos cuestiones diversas, nos contentaremos con decir lo que únicamente hace á nuestro propósito; que las costumbres varían; que el pudor va á más en las sociedades con su edad, así como en los individuos; y que solamente se halla oculto aún, ó perdido ya en la infancia y en la vejez. Aristófanes y la antigua Grecia carecen de él, porque aquella era la infancia de la sociedad europea de entonces. Se ve atropellado en la decadencia de la sociedad romana; y si en el siglo de Luís XV vuelve á ser completamente echado en olvido, si multitud de escritos de la revolución francesa le ahogan miserablemente, si los Pigault-Lebrun destrozan su modesto velo por algún tiempo, á sabiendas y con complicidad de la sociedad entera, es porque una nueva decrepitud va á dar lugar á una regeneración, pues que las sociedades no perecen para siempre como los individuos, sino que mueren para renacer, ó por mejor decir, nunca mueren sino aparentemente, marchan constantemente á un fin, á la perfectibilidad del género humano, que en toda su historia descubrimos, por más lentamente que se verifique; sus muertes aparentes no son sino crisis; son sólo en nuestro entender sacudimientos momentáneos; en una palabra, son los esfuerzos que hace la crisálida para sacudir su anterior envoltura y pasar á la existencia inmediata.

Para aquellos que no vean como nosotros la marcha absolutamente progresiva del género humano, para los que no vean mayor perfección en nuestras costumbres, comparándolas con las de los siglos anteriores, nuestra cultura sería por lo menos hipocresía, y si esta es, como se ha dicho, *un homenaje que el vicio rinde á la virtud*, no nos podrán negar que es una ventaja, pues mucho lleva adelantado para hacer una cosa el que la cree buena.

Admitida pues esta diferencia de costumbres, y esa mayor delicadeza del gusto, es indisputable que los satíricos bien recibidos en una época, serían silbados en otra. Y esto no

sólo aumenta las dificultades en nuestros días para los escritores satíricos, sino que, á decir verdad, indica una época de muerte próxima ya para el género. Por mejor decir, traslucimos la época en que la sátira comprimida por todos lados habrá de refundirse, de reducirse estrechamente en la jurisdicción de la crítica. Esta es la razón porque ya en el día no admitimos de ninguna manera la sátira personal, la sátira de Aristófanes y de Juvenal. Quédese en buen hora para adornar las tablas del estante estudioso; pero en el siglo de buena educación, de miramientos sociales, de mutuas consideraciones que alcanzamos, necesita más que nunca la sátira del apoyo de la verdad y de la utilidad: concedámosle causticidad, si se quiere, cuando le sea más fácil enseñarnos una verdad útil, poniendo en ridículo el error; pero si las personas no son nada para la sociedad, si sólo sus sistemas y sus yerros políticos pueden rozarse con el interés general, quitémosle á la sátira toda alusión privada, arrebátémosle la ponzona que la degrada y la vuelve venenosa, y la única posibilidad que ella tiene de ser más perjudicial que provechosa. Sentados, admitidos una vez estos principios, distingamos de escritores satíricos.

Al mérito que contrae con la sociedad el satírico que puede en el día vencer aquellas dificultades, añadamos, para acabar de desvanecer la general prevención, algunas consideraciones.

No reflexionan los que interpretan mal la índole de los escritores satíricos cuán caros compran éstos sus laureles. No reflexionan que el que carga con la responsabilidad de la pública censura há menester de algún valor; no meditan que es raro el párrafo que, al acarrear alguna utilidad á la sociedad, no acarrea de paso á su autor algún disgusto, ora público, ora privado. Es difícil zaherir los errores de los hombres sin granjearse enemigos; porque rara vez el que los padeció tiene suficiente desprendimiento para separarse de ellos sin vengarse, ó generosidad bastante para hacer en las aras del bien público el sacrificio de su amor propio y de sus mezquinos resentimientos personales. Si á esto se añade que generalmente la sátira desprecia á los débiles, porque trata de vencer oposiciones, y aquellos están por sí solos vencidos, se deducirá fácilmente que el satírico no sólo ha de arrostrar enemigos, sino enemigos poderosos. Las comunidades, los

cuerpos, en una palabra, la sociedad no es agradecida, porque no tiene centro de pasiones y sentimientos como el individuo, y porque cree, acaso con razón, que todo se le debe: de suerte que el satírico al hacerse enemigos poderosos, no se hace amigo ninguno, no encuentra apoyo ni compensación. Y la prueba de esta triste verdad es este mismo esfuerzo que en favor de los escritores satíricos tenemos que hacer. ¿Cómo paga la sociedad los servicios que el escritor satírico le hace destruyendo errores y persiguiendo las preocupaciones que le abruma? Los paga, suponiendo en el satírico mala índole, condición maligna, y como de esas veces intención personal ó defecto de organización. Esto solo bastaría á disgustar el alma más generosa, si el amor á la independencia, si el amor al bien, digámoslo sin rubor, no fuese las más veces la mejor recompensa de una intención pura.

Y si con respecto á la moralidad ó al amor al bien del que se erige voluntariamente en campeón suyo, arrojando todo peligro, hallásemos impugnaciones, no necesitaríamos por cierto ir muy lejos á buscar ejemplos que apoyasen nuestro aserto. Echemos una ojeada sobre el carácter privado de los escritores satíricos más conocidos, y díganos si la *noble indignación* de Juvenal contra el vicio está desmentida en su vida; si no se reconoce en la de Boileau; si ofrece pruebas contra ella la del virtuoso Molière ó la del adusto Addison; si la filantropía y la beneficencia con que ilustró su vida el filósofo de Ferney pueden ponerse en duda; y viniendo á nosotros, donde este argumento fuera más fácil de contradecirse, si no fuese tan cierto, ¿qué actos públicos nos han quedado como prueba de la inmoralidad, de la perversidad de los satíricos, en la biografía de los Góngoras, de Cervantes, de Quevedo (por más que se haya querido manchar la memoria de estos hombres con suposiciones no bastante probadas ó con recuerdos de anécdotas picarescas), en la del virtuoso Jovellanos, en la de Forner, en la de Moratín, en la de cuantos han cultivado con más ó menos acierto la sátira entre nosotros?

¿De qué crímenes públicos podremos hallar la tacha en tan ilustres vidas? ¿Dónde está la huella de esa maligna condición que debía hacer para ellos de la sátira una pasión dominante y nociva?

Acabemos de conocer de una vez que esa opinión general

tan injusta es otra dificultad que arrostra el satírico, y que, si la calumnia se adhiere con predilección á la fama de los hombres de mérito, no es seguramente la de los satíricos la que echa en olvido, y no son sus cenizas las que su puñal revuelve con menos encarnizamiento, para valernos de la expresión de un poeta.

La otra consideración que nos queda que hacer es en verdad más personal á los escritores satíricos, pero una vez meditada no es por eso menos triste. Supone el lector, en quien acaba un párrafo mordaz de provocar la risa, que el escritor satírico es un sér consagrado por la naturaleza á la alegría, y que su corazón es un foco inextinguible de esa misma jovialidad que á manos llenas prodiga á sus lectores. Desgraciadamente, y es lo que éstos no saben siempre, no es así. El escritor satírico es por lo común como la luna, un cuerpo opaco destinado á dar luz, y es acaso el único de quien con razón se puede decir que da lo que no tiene. Ese mismo dón de la naturaleza de ver las cosas tales cuales son, y de notar antes en ellas el lado feo que el hermoso, suele ser su tormento. Llámánle la atención en el sol más sus manchas que su luz, y sus ojos, verdaderos microscopios, le hacen notar la fealdad de los poros exagerados, y las desigualdades de la tez en una Venus, donde no ven los demás sino la proporción de las facciones y la pulidez de los contornos: ve detrás de la acción aparentemente generosa el móvil mezquino que la produce; ¡y eso llaman sin embargo ser feliz! Esa acrimonia misma, esa mordacidad jocosa que suele hacer tan á menudo el contento de los demás, es en él la fría impassibilidad del espejo que reproduce las figuras no sólo sin gozar, sino á veces empañándose.

Molière era el hombre más triste de su siglo, y entre nosotros difícilmente pudiéramos citar á Moratín como un modelo de alegría. Apelamos, sino, á cuántos le hayan conocido.

Y si nos fuera lícito en fin nombrarnos siquiera al lado de tan altos modelos, si nos fuera lícito siquiera adjudicarnos el título de escritores satíricos, confesaríamos ingenuamente que sólo en momentos de tristeza nos es dado aspirar á divertir á los demás.

Pero nuestros lectores perdonarán fácilmente este atrevimiento, si antes de concluir este artículo les confesamos que

sólo ha podido dar lugar á él una inculpación que nos ha sido hecha recientemente: hay quien supone que sólo una *pasión dominante* de criticar guía nuestra pluma. No como escritores de mérito, que envidiamos á cuantos le tienen, y del cual nos vemos desgraciadamente demasiado desnudos, sino al fin como escritores satíricos, calidad que ni podemos ni queremos negar, hemos tratado de salir á la defensa de su supuesta maligna condición. Ignoramos si lo habremos logrado, pero nunca creeremos inútil hacer nuevas profesiones de fe, por más que las hayamos repetido, en punto tan importante. Somos satíricos, porque queremos criticar abusos, porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas á la perfección posible de la sociedad á que tenemos la honra de pertenecer. Pero deslindando siempre lo lícito de lo que nos es vedado, y estudiando sin cesar las costumbres de nuestra época, no escribimos sin plan: no abrigamos una pasión dominante de criticarlo todo con razón ó sin ella: somos sumamente celosos de la opinión buena ó mala que puedan formar nuestros conciudadanos de nuestro carácter, y en medio de los disgustos á que nos condena la dura obligación que nos hemos impuesto, cuyos peligros arrostramos sin restricción, el mayor pesar que podemos sentir es el de haber de lastimar á nadie con nuestras críticas y sátiras: ni buscamos, ni evitamos la polémica; pero siempre evitaremos cuidadosamente, como hasta aquí lo hicimos, toda cuestión personal, toda alusión impropia del decoro del escritor público y del respeto debido á los demás hombres, toda invasión en la vida privada, todo cuanto no tenga relación con el interés general. Júzguenos ahora nuestros lectores, y zumben en buen hora en derredor nuestro los tiros emponzoñados de los que son en realidad más malignos que nosotros.

EL TROVADOR

DRAMA CABALLERESCO, EN CINCO JORNADAS, EN PROSA Y VERSO

SU AUTOR DON ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ

CON placer cogemos la pluma para analizar esta producción dramática, que tanto promete para lo sucesivo en quien con ella empieza su carrera literaria, y que tan brillante acogida ha merecido al público de la capital. Síganle muchas como ella, y los que presumen que abrigamos una pasión dominante de criticar á toda costa y de morder á diestro y siniestro, verán cuán presto cae de nuestras manos el látigo que para enderezar tuertos agenos tenemos hace tanto tiempo empuñado.

El autor del *Trovador* se ha presentado en la arena, nuevo lidiador sin títulos literarios, sin antecedentes políticos: solo y desconocido, la ha recorrido bizarramente al són de las preguntas multiplicadas *¿quién es el nuevo, quién es el atrevido?* y la ha recorrido para salir de ella victorioso: entonces ha alzado la visera, y ha podido alzarla con noble orgullo, respondiendo á las diversas interrogaciones de los curiosos espectadores: «*Soy hijo del genio, y pertenezco á la aristocracia del talento.*» ¡Origen por cierto bien ilustre, aristocracia que ha de arrollar al fin todas las demás!!

El poeta ha imaginado un asunto fantástico é ideal, y ha escogido por vivienda á su invención el siglo xv; halo colocado en Aragón, y lo ha enlazado con los disturbios promovidos por el conde de Urgel.

Con respecto al plan no titubearemos en decir que es rico, valientemente concebido, y atinadamente desenvuelto. La acción encierra mucho interés, y éste crece por grados hasta el desenlace.

Sin embargo, no es la pasión dominante del drama el amor; otra pasión, si menos tierna, no menos terrible y poderosa,

oscurece aquella : la venganza. No hace mucho tiempo tuvimos ocasión de repetir que es perjudicial al efecto teatral la acumulación de tantos medios de mover; en *El Trovador* constituyen verdaderamente dos acciones principales, que en todas las partes del drama se revelan á nuestra vista rivalizando una con otra. Así es que hay dos exposiciones: una enterándonos del lance concerniente á la gitana, que constituye ella por sí sola una acción dramática; y otra poniéndonos al corriente del amor de Manrique, contrarrestado por el del conde, que constituye otra. Y dos desenlaces; uno que termina con la muerte de Leonor, la parte en que domina el amor; otro que da fin con la muerte de Manrique á la venganza de la gitana.

Estas dos acciones dramáticas, no menos interesantes, no menos terribles una que otra, se hallan, á pesar de la duplicidad, tan perfectamente enclavijadas, tan dependientes entre sí, que fuera difícil separarlas sin recíproco perjuicio: y en el teatro sólo así daremos siempre carta blanca á los defectos.

De aquí resultan necesariamente tres caracteres igualmente principales, y en resumen ningún verdadero protagonista, por más que refundiéndose todos esos intereses encontrados en el solo Manrique, pueda éste arrogarse el título de la obra exclusivamente. Pero si nos preguntan cuál de los tres caracteres elegimos como más importante, nos veremos embarazados para responder; el amor hace emprender á Leonor cuánto la pasión más frenética puede inspirar á una mujer; el olvido de los suyos, el sacrificio de su amor á Dios, el perjurio y el sacrilegio, la muerte misma. Hasta aquí parece difícil que otro carácter pueda ser el principal: sin embargo, la gitana, movida de la venganza, empieza por quemar su propio hijo, y reserva el del conde de Luna para el más espantoso desquite que de su enemigo puede tomar. Don Manrique mismo, en fin, movido por su pasión, por el amor filial y por el interés de su causa política, no puede ser más colosal, ni necesitaba el auxilio de otros resortes tan fuertes como el que le mueve á él para llevarse la atención del público.

¿Diremos al llegar aquí lo que francamente nos parece? Todos los defectos de que la crítica puede hacer cargo al *Trovador* nacen de la poca experiencia dramática del autor: esto no es hacerle una reconvención, porque pedirle en la primera obra lo que sólo el tiempo y el uso pueden dar, sería una in-

justicia. Ha imaginado un plan vasto, un plan más bien de novela que de drama, y ha inventado una magnífica novela, pero al reducir á los límites estrechos del teatro una concepción demasiado amplia, ha tenido que luchar con la pequeñez del molde.

De aquí el que muchas entradas y salidas estén poco justificadas; entre otras la del proscrito Manrique en Zaragoza y en palacio, en la primera jornada; la del mismo en el convento en la segunda, su introducción en la celda de Leonor en la tercera, cosa harto difícil en todos tiempos, para que no mereciera una explicación. Tampoco es natural que el conde don Nuño, que debe desconfiar mucho de las proposiciones tardías de una mujer, que ha preferido el convento á su mano, la deje ir al calabozo del Trovador, y más cuando no es siquiera portadora de ninguna orden suya para ponerle en libertad, sin la cual seguramente no puede bastar ni servir de nada la concesión lograda. No somos esclavos de las reglas; creemos que muchas de las que se han creído necesarias hasta el día son ridículas en el teatro, donde ningún efecto puede haber sin que se establezca un cambio de concesiones entre el poeta y el público; pero no consideremos tales justificaciones como reglas, sino como medios seguros de mayor efecto; evitemos por su medio, siempre que la verosimilitud lo exija, que el espectador tenga que invertir en pedirse razón de los sucesos el tiempo que debería atender á las bellezas del desempeño; y todos convendrán conmigo en que es indispensable preparar y justificar cuánto pueda dar lugar á la menor duda.

La exposición es poco ingeniosa, es una escena desatada del drama; es más bien un prólogo; citaremos por último en apoyo de la opinión que hemos emitido acerca de la inexperiencia dramática los diálogos mismos; por más bien escritos que estén, los en prosa semejan diálogos de novela, que hubieran necesitado más campo, y los en verso tienen un sabor en general más lírico que dramático: el diálogo es poco cortado é interrumpido, como convendría á la rapidez, al delirio de la pasión, á la viveza de la escena.

Pero ¿qué son estos ligeros defectos, y que acaso no lo serán sólo porque á nosotros nos lo parezcan, comparados con las muchas bellezas que encierra *El Trovador*? Las costumbres del tiempo se hallan bien observadas, aunque no quisié-

ramos ver el *don* prodigado en el siglo xv. Los caracteres sostenidos, y en general maestramente acabadas las jornadas; en algunos efectos teatrales se halla desmentida la inexperiencia que hemos reprochado al autor: citaremos la linda escena que tan bien remata la primera jornada; la cual reúne al mérito que le acabamos de atribuir una valentía y una concisión, un sabor caballeresco y calderoniano difícil de igualar.

De mucho más efecto aún es el fin de la segunda jornada, terminada con la aparición del Trovador á la vuelta de las religiosas: su estancia en la escena durante la ceremonia, la ignorancia en que está de la suerte de su amada, y el cántico lejano acompañado del órgano, son de un efecto maravilloso; y no es menos de alabar la economía con que está escrito el final, donde una sola palabra inútil no se entromete á retardar ó debilitar las sensaciones.

Igual mérito tiene el desenlace del drama, que tenemos citado más arriba; y en todos estos pasajes reconocemos un instinto dramático, y que nos es fiador de que no será este el último triunfo del autor.

Como modelos de ternura y de dulcísima y fácil versificación, citaremos la escena cuarta de la primera jornada entre Leonor y Manrique.

¿Quiérese otro ejemplo de la difícil facilidad de que habla Moratín? Léase el monólogo con que principia la escena cuarta de la jornada tercera, en que el poeta además pinta con maestría la lucha que divide el pecho de Leonor entre su amor y el sacrificio que á Dios acaba de hacer; y el trozo del sueño contado por Manrique en la escena sexta de la cuarta, si bien tiene más de lírico que de dramático.

Diremos en conclusión que el autor, al decidirse á escribir en prosa y en verso su drama, adoptaba voluntariamente una nueva dificultad; es más difícil á un poeta escribir bien en prosa que en verso, porque la armonía del verso está encontrada en el ritmo y la rima, y en la prosa ha de crearla el escritor, pues la prosa tiene también su armonía peculiar; las escenas en prosa tenían el inconveniente de luchar con el sonsonete de las versificadas, de que no deja de prendarse algún tanto el público; y luego necesitaba el poeta desplegar aun tino en la determinación de las que había de escribir en prosa y las que había de versificar, pues que se entiende que no había de hacerlo á diestro y siniestro.

Tanto esta libertad como la frecuente mudanza de escena no las disputaremos á ningún poeta, siempre que sean, como en *El Trovador*, indispensables, naturales y en obsequio del efecto. Sólo quisiéramos que no pasase un año entero entre la primera y la segunda jornada, pues mucho menos tiempo bastaría.

En cuanto á la repartición, hala trastrocado toda en nuestro entender una antigua preocupación de bastidores; se cree que el primer galán debe de hacer siempre el primer enamorado, preocupación que fecha desde los tiempos de Naharro, y á la cual debemos en las comedias de nuestro teatro antiguo las indispensables relaciones de dama y galán, sin las cuales no se hubiera representado tiempos atrás comedia ninguna. Sin otro motivo se ha dado el papel del Trovador al señor Latorre, á quien de ninguna manera convenía, como casi ningún papel tierno y amoroso. Su físico, y la índole de su talento, se prestan mejor á los caracteres duros y enérgicos: por tanto le hubiera convenido más bien el papel del conde don Nuño. Todo lo contrario sucede con el señor Romea, que debiera haber hecho el Trovador.

Por la misma razón el papel de la gitana ha estado mal dado. Esta era la creación más original, más nueva del drama, el carácter más difícil también, y por consiguiente el de mayor lucimiento; si la señora Rodríguez es la primera actriz de estos teatros, ella debiera haberlo hecho, y aunque hubiese estado fea y hubiese parecido vieja, si es que la señora Rodríguez puede parecer nunca fea ni vieja. El carácter de Leonor es de aquellos cuyo éxito está en el papel mismo; no hay más que decirlo: una actriz como la señora Rodríguez debiera despreciar triunfos tan fáciles.

Felicitamos, en fin, de nuevo al autor, y sólo nos resta hacer mención de una novedad introducida por el público en nuestros teatros: los espectadores pidieron á voces que saliese el autor; levantóse el telón, y el modesto ingenio apareció para recoger numerosos *bravos* y nuevas señales de aprobación.

En un país donde la literatura apenas tiene más premio que la gloria, sea ese siquiera lo más lato posible; acostumbremos á honrar públicamente el talento, que esa es la primera protección que puede dispensarle un pueblo, y es la única también que no pueden los gobiernos arrebatarle.

A BENEFICIO DEL SEÑOR LOPEZ

Jornada segunda del Trovador; acto tercero de la Conjuración de Venecia; Riego en las Cabezas de San Juan, ó el día 1.º de Enero de 1820; acto tercero del Diablo predicador.

No habiendo en la función á beneficio del señor López ninguna verdadera novedad, no era nuestro objeto dedicarle un artículo; pero por una rara casualidad ha venido á parar á nuestras manos la siguiente carta, que sin duda un forastero recién-venido escribe á algún punto de provincia á su familia:

«Querida esposa:

»Con esta fecha he llegado bueno á Madrid, donde ha sido mi primer cuidado asistir al teatro; no lo extrañarás si recuerdas las comedias caseras que nos dan ahí en casa del intendente, y el hambre que de un teatro regular tiene uno de esos pueblos de provincia.

»Como era ya de noche, ni pude ver el cartel, ni me enteré de anuncio alguno; pero ¿qué importa? dije yo. Veamos la función, que más me ha de enterar ella que el anuncio.

»La cosa según conté tenía cinco actos.

»Primer acto. Comienza la función con un tal don Nuño, que se queja de una herida que recibió hace un año, pero la cual no le molesta para casarse, por lo que sin duda pide la mano de una tal doña Leonor; ésta no quiere dársela; y habiendo muerto un querido que tenía, llamado el Trovador, prefiere meterse monja (ahora precisamente que se van á cerrar los conventos); pero el conde don Nuño trata de robarla, á tiempo que sabe que ha entrado el enemigo en Zaragoza.

»Segundo acto. Doña Leonor va á tomar el velo en el convento: tocan el órgano; viene el muerto, que no había muerto, y los criados del conde don Nuño: sale Leonor ya monja, da un grito, se escapan los criados, y el Trovador se queda parado.

»Tercer acto. De resultas de todo eso la muchacha Laura

gime y se desespera en Venecia; y no pudiendo aguantar más le cuenta á su papá cómo ella tenía un querido, y se casó con él de secreto, y cómo estando juntos de noche en un ameno cementerio donde se veían, vinieron unos enmascarados y le robaron al querido prendiéndole como reo de estado. Papá se enternece, y, abogando por la muchacha, le dice á su hermano el presidente Morosini que no le va á comprender porque no tiene hijos: el otro le contesta que hable sin embargo; el senador entonces le cuenta el caso, pero sucede lo que había previsto, que como no tiene hijos, todo es griego para él. En vista de eso se separan, y en eso hacen bien, si no ha de entenderle hasta que tenga hijos, tanto más cuanto que ya es viejo el que no entiende; el papá senador de Venecia queda lamentándose, y le cuenta su desventura al que murió por redimirnos en la cruz, el cual no sé yo si le entendería, porque tampoco tuvo hijos.

»Acto cuarto. De allí á poco dos cuadrilleros de la santa inquisición andan buscando á don Justo para prenderle: viene un sargento del regimiento de Asturias, deja la mochila y se va; en seguida viene un sacristán, y un administrador de un grande y dos del resguardo: el buen don Justo no los entiende, y eso que tiene una hija; pero no le prenden, porque entonces Riego levanta en las Cabezas de San Juan el estandarte de la libertad.

»Acto quinto. Fray Antolín, cansado de ver todo lo que pasa, tiene hambre, y se esconde entre las piernas un cesto con un pollo; pero fray Forzado tiene un grande interés en que fray Antolín no coma; por lo cual don Feliciano no quiere dar limosna á san Francisco: entonces fray Antolín le echa un largo sermón, del que se queda el otro en ayunas, tal vez por no tener hijos. Acabado el sermón, la tierra se traga á don Feliciano, y viene el arcángel san qué sé yo cuántos, y habla con el diablo vestido de fraile: aparece Astarot en figura de don Feliciano, da limosna á san Francisco, y el guardián es un excelente sujeto.

»Esa es la comedia, de la cual francamente me resultó tal confusión en la cabeza que no te lo puedo ponderar: envíotelo á contar, porque yo no he entendido una palabra, de donde infiero que desde que falto de ese deben de haberse muerto mis hijos, porque á tenerlos todavía yo debía de haberlo entendido todo.

»Sácame por Dios de tan horrible duda, si bien temo que me vengas diciendo que no han muerto, casi tanto como la infausta noticia; porque si llegas á escribirme que viven, habré de inferir que no son míos, y ya ves si esto es cosa de afligir á un buen padre de familias; casi quisiera mejor que me dijeras que viven, pero que tú tampoco has entendido la comedia, porque entonces sacaría la consecuencia de que ni son tuyos ni míos, en cuyo caso nos echaremos á discurrir cómo han venido á casa esos angelitos.

»Quedo en la mayor ansiedad, esperando tu respuesta y renegando del viaje á Madrid, que en tan graves confusiones me pone.

»Queda tuyo, etc.»

Esta es la carta que hemos encontrado, y que no queremos ocultar á nuestros lectores, los cuales, si tienen hijos, ya nos habrán entendido.

ANTONY

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS, DE ALEJANDRO DUMAS

ARTÍCULO PRIMERO

Consideraciones acerca de la moderna escuela francesa. — Estado de la España. —

Inoportunidad de estos dramas entre nosotros

POR hoy y hasta mañana seremos graves: la primera impresión de este drama, más importante de lo que á primera vista parece, no nos deja disposición alguna para la risa con que suele *Fígaro* anatematizar los dislates que se agolpan en nuestra escena; no renunciamos sin embargo á ese derecho; no hacemos sino suspenderlo. *Antony* merece ser combatido con todas las armas: ojalá no sean todas de poco efecto contra tan formidable enemigo.

Hace años que secuaces mezquinos de la antigua rutina mirábamos con horror en España toda innovación: encarrilados en los aristotélicos preceptos, apenas nos quedaba esperanza

de restituir al genio su antigua é indispensable libertad: dióse empero en política el gran paso de atentar al pacto antiguo, y la literatura no tardó en aceptar el nuevo impulso: nosotros, ansiosos de sacudir las cadenas políticas y literarias, nos pusimos prestamente á la cabeza de todo lo que se presentó marchando bajo la enseña del movimiento. Sin aceptar la ridícula responsabilidad de un mote de partido, sin declararnos clásicos ni románticos, abrimos la puerta á las reformas, y por lo mismo que de nadie queremos ser parciales, ni mucho menos idólatras, nos decidimos á amparar el nuevo género con la esperanza de que la literatura, adquiriendo la independencia, sin la cual no puede existir completa, tomaría de cada escuela lo que cada escuela poseyese mejor, lo que más en armonía estuviese en todas con la naturaleza, tipo de donde únicamente puede partir lo bueno y lo bello.

Pero mil veces lo hemos dicho: hace mucho tiempo que la España no es una nación compacta, impulsada de un mismo movimiento: hay en ella tres pueblos distintos: 1.º, una multitud indiferente á todo, embrutecida y muerta por mucho tiempo para la patria, porque no teniendo necesidades, carece de estímulos, porque acostumbrada á sucumbir siglos enteros á influencias superiores, no se mueve por sí, sino que en todo caso se deja mover. Esta es cero, cuando no es perjudicial, porque las únicas influencias capaces de animarla no están siempre en nuestro sentido: 2.º, una clase media que se ilustra lentamente, que empieza á tener necesidades, que desde este momento comienza á conocer que ha estado y que está mal, y que quiere reformas, porque cambiando sólo puede ganar. Clase que ve la luz, que gusta ya de ella, pero que como un niño no calcula la distancia á que la ve: cree más cerca los objetos porque los desea; alarga la mano para cogerla; pero que ni sabe los medios de hacerse dueño de la luz, ni en qué consiste el fenómeno de luz, ni que la luz que ma cogida á puñados; y 3.º, una clase, en fin, privilegiada, poco numerosa, criada ó deslumbrada en el extranjero, víctima ó hija de las emigraciones, que se cree ella sola en España, y que se asombra á cada paso de verse sola cien varas delante de las demás: hermoso caballo normando, que cree tirar de un tilburí, y que, encontrándose con un carromato pesado que arrastrar, se alza, rompe los tiros y parte solo.

Ahora bien, pretender gustar escribiendo á un público de

tal manera compuesto, es empresa en que quisiéramos ver enredados por algunos años á esos fanales del saber extranjero, así como quisiéramos ver á los más célebres estadistas ensayar sus fuerzas en este escollo de reputaciones de todos géneros. Darnos una literatura hermana del antiguo régimen, y fuera ya del círculo de la revolución social en que empezamos á interesarnos, es tiempo perdido, pues sólo podría satisfacer ya á la última clase, y esa no es la que se alimenta de literatura.

Darnos la literatura de una sociedad caduca que ha corrido los escalones todos de la civilización humana, que en cada estación ha ido dejando una creencia, una ilusión, un engaño feliz, de una sociedad que, perdida la fe antigua, necesita crearse una fe nueva, y darnos la literatura expresión de esa situación á nosotros, que no somos aún una sociedad siquiera, sino un campo de batalla donde se chocan los elementos opuestos que han de constituir una sociedad, es escribir para cien jóvenes ingleses y franceses que han llegado á figurarse que son españoles porque han nacido en España, no es escribir para el público.

La vida es un viaje: el que lo hace no sabe adónde va, pero cree ir á la felicidad. Otro que ha llegado antes y viene de vuelta, se aboca con el que está todavía caminando, y dícele: «¿Adónde vas? ¿por qué andas? Yo he llegado adonde se pueda llegar; nos han engañado; nos han dicho que este viaje tenía un término de descanso. ¿Sabes lo que hay al fin? nada.»

El hombre entonces que viajaba ¿qué responderá?—«Pues si no hay nada, no vale la pena de seguir andando.» Y sin embargo, es fuerza andar, porque si la felicidad no está en ninguna parte, si al fin no hay nada, también es indudable que el mayor bienestar que para la humanidad se da está todo lo más allá posible. En tal caso, el que vino y dijo al que viajaba «al fin no hay nada,» ¿no merece su execración?

Rara lógica: ¡enseñarle á un hombre un cadáver para animarle á vivir!

He aquí lo que hacen con nosotros los que quieren darnos la literatura caducada de la Francia, la última literatura posible, la horrible realidad; y hácenos más daño aún, porque ellos, al menos, para llegar allá disfrutaron del camino y gozaron de la esperanza; déjennos al menos la diversión del

viaje, y no nos desengañen antes : si al fin no hay nada, hay que buscarlo todo en el tránsito ; si no hay un vergel al fin, gocemos siquiera de las rosas, malas ó buenas, que adornan la orilla.

¡ Desorden sacrilego ! ¡ Inversión de las leyes de la naturaleza ! En política don Carlos fuerte en el tercio de España y el Estatuto en lo demás : y en literatura, Alejandro Dumas, Víctor Hugo, Eugenio Sue y Balzac.

Con indignación lo decimos : sepamos primeramente adónde vamos ; busquemos luégo el camino, y vamos juntos, no cada uno por su lado ; no quieran haber llegado los unos, cuando están los otros todavía en la posada : porque si hay algún obstáculo en el tránsito, unidos, lo venceremos, al paso que en fracciones el obstáculo irá concluyendo con los que fueren llegando desbandados.

Lamennais lo ha dicho antes y mejor que nosotros :

« Una roca obstruye la vía pública que recorremos : ningún hombre solo puede remover la roca ; pero Dios ha calculado su peso de suerte que no pueda detener jamás á los que transitan juntos. »

Antony, como la mayor parte de las obras de la literatura moderna francesa, es el grito que lanza la humanidad que nos lleva delantera, grito de desesperación, al encontrar el caos y la nada al fin del viaje. La escuela francesa tiene un plan. Ella dice : « Destruyamos todo, y veamos lo que sale ; ya sabemos lo pasado, hasta al presente es pasado ya para nosotros : lancémonos en el porvenir á ojos cerrados ; si todo es viejo aquí, abajo todo, y reorganicémoslo. »

Pero ¿ y nosotros hemos tenido pasado ? ¿ tenemos presente ? ¿ Qué nos importa el porvenir ? ¿ Qué nos importa mañana, si tratamos de existir hoy ? Libertad en política sí, libertad en literatura, libertad por todas partes : si el destino de la humanidad es llegar á la nada por entre ríos de sangre, si está escrito que ha de caminar con la antorcha en la mano quemándolo todo para verlo todo, no seamos nosotros los únicos privados del triste privilegio de la humanidad : libertad para recorrer ese camino que no conduce á ninguna parte ; pero consista esa libertad en tener los piés destrabados y en poder andar cuánto nuestras fuerzas nos permitan. Porque asirnos de los cabellos, y arrojarnos violentamente en el término del viaje, es quitarnos también la libertad, y así es esclavo el que

pasear no puede, como aquel á quien fuerzan á caminar cien leguas en un día.

Habíamos pensado dar desde luego un análisis del *Antony*, y entregarlo palpitante todavía á la risa y al escarnio de nuestros lectores; pero la disposición de nuestro ánimo, que no sabemos dominar, nos ha sugerido estas tristes reflexiones, que como preliminares queremos echarle por delante. En el siguiente artículo examinaremos la *desorganización social*, personificada en *Antony*, literaria y filosóficamente.

ANTONY

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS, DE ALEJANDRO DUMAS

ARTÍCULO SEGUNDO

EN nuestro primer artículo hemos probado que no siendo la literatura sino la expresión de la sociedad, no puede ser toda literatura igualmente admisible en todo país indistintamente: reconocido ese principio, la francesa, que no es intérprete de nuestras creencias ni de nuestras costumbres, sólo nos puede ser perjudicial, dado caso que con violencia incomprensible nos haya de ser impuesta por una fracción poco nacional y menos pensadora. Pasemos á examinar á *Antony*, sér moral, falsa alegoría que no ha tenido nunca existencia sino en una imaginación exasperada, cuanto fogosa y entusiasta.

El autor empieza por presentarnos una mujer joven y casada. En la literatura antigua era principio admitido que todo padre era un tirano para su hija, que ésta y aquél nunca tenían, en punto á amores, el mismo gusto. De aquí pasa el poeta á pintar la tiranía de la familia, imagen y origen de la del gobierno: cada hijo puesto en escena desde Menandro acá en las comedias clásicas, es una viva alusión al pueblo. En la literatura moderna ya no se dan padres ni hijos: apenas hay en la sociedad de ahora opresor y oprimido. Hay iguales

que se incomodan mutuamente debiendo amarse. Por consiguiente, la cuestión en el teatro moderno gira entre iguales, entre matrimonios: es principio irrecusable, según parece, que una mujer casada debe estar mal casada, y que no se da mujer que quiera á su marido. El marido es en el día el coco, el objeto espantoso, el monstruo opresor á quien hay que engañar, como lo era antes el padre. Los amigos, los criados, todos están de parte de la triste esposa. ¡Infelices! ¿Hay suerte más desgraciada que la de una mujer casada? ¡Vea usted, estar casada! ¡es como estar emigrada, ó cesante, ó tener lepra! La mujer casada en la literatura moderna es la víctima inocente aunque se case á gusto. El marido es un tirano. Claro está: se ha casado con ella; ¡habrá bribón! ¡La mantiene, la identifica con su suerte! ¡pícaro! ¡Luégo el marido pretende que su mujer sea fiel! Es preciso tener muy malas entrañas para eso. El poeta se pone de parte de la mujer porque el poeta tiene la alta misión de reformar la sociedad. La institución del matrimonio es absurda según la literatura moderna, porque el corazón, dice ella, no puede amar siempre, y no debe ligarse con juramentos eternos: la perfección á que camina el género humano consiste en que una vez llegado el hombre á la edad de multiplicarse, se una á la mujer que más le guste, dé nuevos individuos á la sociedad; y separado después de su pasajera consorte, uno y otra dejen los frutos de su amor en medio del arroyo, y procedan á formar, según las leyes de más reciente capricho, nuevos seres, que tornar á dejar en la calle, abandonados á sus propias fuerzas, y de los cuales cuide la sociedad misma, es decir, nadie. Porque si la literatura moderna no quiere cuidar de sus hijos, ¿por dónde pretende que quieran tomarse ese cuidado los demás? ¡*He aquí, dicen, la naturaleza!* Mentira. En el aire, en la tierra, en el agua, todo sér viviente necesita padres hasta su completa emancipación; y los animales todos se reúnen en matrimonios hasta la crianza de sus hijos.

Adela, sin embargo, individuo del nuevo orden de cosas, no puede amar á su marido; confianza que hace desde luégo á su hermana, en cuya compañía vive. ¿Por qué? No sabemos. Pero motivos tendrá; asuntos son esos de familia en que nadie debe meterse.

Pero no se da corazón que no ame, y en el día con violencia inaudita; las pasiones se han avivado con el transcurso de

los tiempos, y en el siglo de las luces una pasión amorosa es siempre un volcán, que se consume á sí propio abrasando á los demás.

¿Y quién es el hombre que hubiera hecho la felicidad de Adela, se entiende no casándose con ella? Antony: ¿quién podía ser sino Antony? ¿Y quién es Antony? Antony es un ejemplo de lo que debían ser todos los hombres. Es el sér más perfecto que puede darse. Empiece usted por considerar que Antony no tiene padre ni madre. ¡Facilillo es llegar á ese grado de perfección! Hijo de sus obras, vulgo inclusero, es la personificación del hombre de la sociedad, como la hemos de arreglar algún día. Los que hemos tenido la desgracia de conocer padre y madre no servimos ya para el paso; somos elementos viejos, de quienes nada se puede esperar para el porvenir. El que quiera, pues, corresponder á la era nueva, vea cómo se compone para no nacer de nadie. Lo demás es anularse; es en grande para la sociedad, lo que es en pequeño entre nosotros haber admitido empleo de Calomarde.

Antony ha recibido sin embargo de los padres, que no tiene, una figura privilegiada: ha entrado en el mundo con gran talento, porque todo hombre en la nueva escuela nace hombre grande. Ha recibido una educación esmerada: ¿quién se la ha dado? El autor del drama sin duda. Todo lo ha estudiado, todo lo ha aprendido, todo lo sabe, y ama mucho como hombre que sabe mucho; pero este sér, tipo de perfecciones, está en lucha con la sociedad vieja que encuentra establecida á su advenimiento al mundo. Quiere ser abogado, quiere ser médico, quiere ser militar, y no puede. ¿Por qué? preguntarán ustedes. ¿Quién se lo impide? Las preocupaciones de esta sociedad injusta y opresora que halla establecida, sin que se haya contado con él: para que estuviese el mundo bien organizado era preciso que nada antes de Antony se hubiese arreglado de ninguna manera, y que el mundo hubiese esperado para organizarse á que las generaciones futuras viniesen á dar su voto sobre el modo más justo de disponer de los bienes de la sociedad. Antony encuentra todos los puestos ocupados por hombres que han tenido padres, y, según el autor, está todo tan mal arreglado, que un inclusero no puede ser nada. Mentira, pero mentira de mala fe. Desde que hay mundo, en toda sociedad el camino del predominio ha estado siempre abierto al talento: en la antigüedad, de la plebe han salido

hombres á mandar á los demás: en los tiempos feudales, en los del despotismo más injusto, un soldado oscuro, un intriguante plebeyo han salido, siempre que han sabido, de la turba popular para empuñar el cetro del mando. Han alcanzado la corona con el sable y títulos de nobleza con la inteligencia.

En los siglos de más desigualdad, un porquero ha cogido las llaves de San Pedro, y ha dominado á la sociedad. La teocracia, la aristocracia la más injusta, ha sacado siempre sus pro-hombres del lodo. ¿Quién eran, al nacer, Richelieu, Mazarin, el cardenal Cisneros? Y si la cuna ha bastado á familias enteras de reyes, el talento ha sobrepuesto á la cuna millares de plebeyos. La inteligencia ha sido en todos tiempos la reina del mundo, y ha vencido las preocupaciones. Pero si acudimos á la sociedad moderna, de quien se queja todavía Dumas, ¿dónde cabrán los ejemplos? ¡Dumas se atreve á sentar que el hombre de nada, no puede ser nada, á causa de las preocupaciones sociales! Hable Napoleón, Bernadotte, Itúrbide, los mariscales de Francia, la revolución de 91, la revolución de Julio, el ministerio francés, el ministerio español, la Europa, en fin, entera, donde los periódicos y la pluma llevan al poder; hablen por ella Talleyrand, Chateaubriand, Lamartine, Thiers; hable el Asia, donde no hay jerarquías; hable la América entera. Hable, en fin, el autor mismo del drama, el mulato Dumas, que ocupa uno de los primeros puestos en la consideración pública. ¿Quién le ha colocado á esa altura? ¿Qué preocupación le ha impedido usufructuar su industria, y sobreponerse á los demás? ¿La literatura, la sociedad le han desechado de su seno por mulato? ¿Quién le ha preguntado su color? ¿Pretendía por ventura que sólo por ser mulato, y antes de saber si era útil ó no, le festejase la sociedad? Esa sociedad, sin embargo, de quien se queja, recompensa sus injustas invectivas con aplausos, é hincha de oro sus gavetas. ¿Y por qué? porque tiene talento, porque acata en él la inteligencia. ¡Y esa inteligencia se queja, y quiere invertir el orden establecido! Decirnos que un inclusero no puede ser nada en la sociedad moderna, la cual no le pregunta á nadie, *¿quién es tu padre?* sino *¿cuáles son tus obras?* que no pregunta *¿tienes apellido?* sino *¿tienes frac?* *¿cuál es tu alcurnia?* sino *¿cuál es tu educación?* es el colmo de la mala fe.

Una vez expuesta la posición de Antony y de Adela, sigamos el análisis de este diálogo amoroso en cinco actos. Antony se hace anunciar á Adela, quien luchando con su deber le cierra la puerta; pero al salir de su casa sus caballos se desbocan, Antony se arroja á contenerlos, y la lanza del coche, encontrándose con su pecho, lo arroja sin sentido en el suelo. Si Adela acierta á no ser persona de coche, ó si los coches no tienen lanza, se queda el drama en exposición. En el teatro los acontecimientos deben ser deducción forzosa de algo; la acción ha de ser precisa; lo demás no es convencer pintando lo que sucede, sino hacer suceder para pintar lo que se quiere convencer. Adela da asilo en su casa al herido, y una escena amorosa pone de manifiesto los sentimientos de estos dos héroes. Pero Adela siguiendo los caprichos de esta injusta sociedad, dice á Antony ya vendado, que un hombre enamorado de una mujer casada no puede vivir en su casa á mesa y mantel. Preocupación: ¡cuánto mejor y más natural es vivir en casa de su querida, que con una patrona ó en una casa de huéspedes! Antony se desespera; pero para vencer á esa sociedad injusta cuyas leyes despóticas no nos dejan vivir con nuestra Adela aunque sea mujer de otro, se arranca el vendaje exclamando: «¿Con que estando bueno me tengo que marchar á mi casa? Pues bien; ¿y ahora me quedaré?»

Ya tenemos aquí un medio ingenioso de permanecer en donde nos vaya bien. Efectivamente, ¡ingeniosa alegoría en que no ha pensado el autor! En quitándonos la venda social, en rompiendo la máscara del honor, podemos hacer nuestro gusto.

Antony permanece en la casa del hombre que quiere deshonrar: huésped de su enemigo, le hace la guerra en su terreno: la naturaleza lo manda así, porque la delicadeza es otra preocupación social. Pero Adela, sin duda para manifestarnos lo interesante y lo digna de lástima que es una mujer que resiste á una pasión, trata de salvarse del peligro, corriendo á reunirse con su esposo, plan que lleva á cabo con resolución.

Pero la naturaleza, dios protector de Antony, lo tiene todo previsto, y el camino de Strasburgo felizmente no se hizo sólo para las mujeres que huyen de sus amantes. También los amantes pueden ir á Strasburgo. Antony toma caballos de posta, llega antes á una posada, la toma entera: para una

pasión todo es poco; y cuando llega Adela, no hay caballos para ella, ni cuarto: el viajero que ha madrugado más le cede uno, y cuando Adela va á recogerse, éntrasele el amante por la ventana, y el telón, más delicado que el autor, tiene buena crianza de correrse á ocultar un cuadro que representaría sino probablemente *una vista interior de una pasión tomada desde la alcoba*, cuadro tanto más inútil, cuanto que será raro el espectador que necesite de semejantes indirectas para formar de los transportes de Adela y de Antony una idea bastante aproximada. Pero ¿qué importa? ¿No sucede eso en el mundo? ¿No es natural? ¿Pues por qué se ha de andar el autor con escrúpulos de monja en punto tan esencial? Ya sabemos lo que son viajes, lo que son posadas, y lo que es tragina en este mundo. Siempre deduciremos que estas pasiones fuertes no son plato de pobre. Si esa sociedad tan mal organizada no hubiera procurado á Antony dinero suficiente para tomar la posada y la posta, y todo lo que toma en este acto, se hubiera tenido que quedar en París haciendo endechas clásicas. El romanticismo y las pasiones sublimes son bocado de gente rica y ociosa, y así es que bien podemos exclamar al llegar aquí: ¡pobres clásicos!

En el cuarto acto Adela ha sucumbido, y de vuelta á París asiste á una sociedad, donde las injustas preocupaciones del mundo le preparan amargas críticas; y á este acto en realidad, sin meternos á escudriñar la intención del autor al escribirlo, le concederemos la cualidad de ser tan moral en su resultado, como es en los medios inmoral el anterior. Las que el autor llama preocupaciones son más fuertes que él en este acto, y las humillaciones que sufre Adela responden victoriosamente al drama entero.

En el quinto, el marido, avisado sin duda de la pasión de su mujer, debe llegar de un momento á otro; Antony sin embargo, en vez de hacer lo que á todo amante delicado inspira en tal circunstancia el amor mismo, en vez de ocultar su desgraciada pasión con una prudencia suficiente, se encierra con Adela; de suerte que pueda el marido venir á llamar él mismo á la puerta de su deshonra; y asiendo de un puñal que lleva siempre consigo, sin duda porque el andar desarmado es otra preocupación de esta sociedad tan mal organizada, clávese en el pecho á su amada, exclamando á la vista del marido: *¡la amé, me resistía y la he asesinado!*

Ridícula, inverosímil exageración de un honor mal entendido. ¿Qué ha pretendido el autor? Probar que mientras la preocupación social llame virtud á la resistencia de una mujer, y haga depender de la conducta de ésta el honor de un hombre, ¿una catástrofe se seguirá á un amor indispensable y natural? Pues ha probado lo contrario. Ha probado que cuando un hombre y una mujer se ponen en lucha con las leyes recibidas en la sociedad, perece el más débil, es decir, el hombre y la mujer, no la sociedad.

Pero la sociedad no se pone en ridículo; la sociedad existe, porque no puede dejar de existir; no siendo leyes sus caprichos, sino necesidades motivadas, hasta sus preocupaciones son justas; y examinadas filosóficamente, tienen una plausible explicación: son consecuencia de su organización y de su modo de ser; es preciso que haya pasado y pase aún por las que realmente lo son para llegar á ideas más fijas y justas; porque toda cosa precisa y que no puede menos de existir es una especie de fuerza, y la fuerza es la única cosa que no da campo al ridículo. Y si preocupaciones existen y han existido, si está escrito que usos en el día adoptados y respetados han de transformarse ó caer, ha de ser el tiempo sólo quien los destruya gastándolos, pero no está reservado á un drama el extirparlos violentamente.

Nosotros reconocemos los primeros el influjo de las pasiones: desgraciadamente no nos es lícito ignorarlo: concebimos perfectamente la existencia de la virtud en el pecho de una mujer, aun faltando á su deber: convenimos con el autor en que ese mundo que murmura de una pasión que no comprende, suele no ser capaz del mérito que granjea una mujer aun sucumbiendo después de una resistencia no menos honrosa por inútil: establecemos toda la diferencia que él quiera entre el caso excepcional de una mujer que se halla realmente bajo el influjo de una pasión cuyas circunstancias sean tales que la dejen disculpa, que la pueden hacer aparecer sublime hasta en el crimen mismo, y el caso de multitud de mujeres que no siguen al atropellar sus deberes más inspiración que la del vicio, y cuyos amores no son pasiones, sino devaneos: ¿quiere más concesiones el autor? Pero semejantes casos son para juzgados en el foro interior de cada uno, quedan sepultados en el secreto del amor ó de la familia. Porque desde el momento en que erija usted ese caso posible, solamente posi-

ble, pero siempre raro, en dogma, desde el momento en que generalizándolo presente usted en el teatro una mujer faltando plausiblemente á su deber, y apoyándose en la naturaleza, se expone usted á que toda mujer, sin estar realmente apasionada, sin tener disculpa, se crea Adela, y crea Antony su amante: desde ese momento la mujer más despreciable se creará autorizada á romper los vínculos sociales, á desatar los nudos de familia, y entonces adiós últimas ilusiones que nos quedan, adiós amor, adiós resistencia, adiós lucha entre el placer y el deber, adiós diferencia entre mujeres virtuosas, criminales y mujeres despreciables. Y lo que es peor, adiós sociedad, porque si toda mujer se creará Adela, todo hombre se creará Antony, achacará á injusticia de la sociedad cuánto se oponga á sus apetitos brutales, que encontrará naturales; en gustando de una mujer, dirá: *yo tengo una pasión irresistible que es más fuerte que yo*; y convencido de antemano de que no puede vencerla, no la vencerá, porque no pondrá siquiera los medios, creído de que la sociedad es injusta, y de que cierra la puerta á la industria, y al talento que no nace ya algo; no será nunca nada, porque desistirá de poner los medios para serlo.

He aquí la grande inmoralidad de un drama escrito por desgracia con verdad en muchos detalles y con fuego, pero por fortuna no con bastante maldad para convencer, si bien con demasiados atractivos para persuadir. Y no sólo es execrable este drama en España, sino que hasta en Francia, hasta en esa sociedad con que tiene más puntos de contacto, *Antony* ha sido rechazado por clásicos y románticos como un contrasentido, como un insultante sofisma.

FÍGARO AL ESTUDIANTE

COMO no quiero que me llame usted mal criado, señor Estudiante, ni menos ser postrero en cortesanía, me apresuro á contestarle; sea empero la última, si usted es de mi parecer, ó la última siquiera en que hablemos uno de otro. Porque si es usted tan galán como parece, no me dirá sino lisonjas, y por vida mía que me ruborizo. Yo por el

contrario, no pudiera, alabándole, decirle lisonjas; mis encomios no serían más que justicia, y pareceme desigual la partida para mí. De alabanza en cumplimiento, y de fineza en alabanza, vendríamos á enternecernos y llorar, y puedo asegurar á usted que no estoy para llantos. Además, no somos diputados, y no habemos menester todavía de echar mano de esos recursos oratorios. Si lo fuéremos algún día, entonces podríamos á mansalva decir usted de mí, *mi digno amigo*, y yo de usted, *mi tierno compañero*, y alabarnos uno á otro sin conciencia, sobre todo si fuésemos enemigos y si tratásemos de sacrificarnos uno á otro en la revolución primera que ocurriese.

Por su firma parece que usted estudia. Hace usted mal á fe mía. Si lo hace usted por saber, válgame Dios que yo tenía más alto concepto formado de su buen juicio. Aquí no se trata de saber, sino de medrar.

Si lo hace usted por seguir carrera, pardiez que me asombra la determinación. ¿Pues tiene usted más que matricularse en la universidad que á usted peor le parezca, que siempre será la primera que le ocurra, y marcharse luégo á la guerra, que es donde en el día se medra, y á los pocos años de andar siguiendo á Gómez, le abonan á usted las campañas por cursos, como está mandado, y queda usted hecho médico ú abogado, ó lo que á usted más le agrade, y mata usted así dos pájaros de una pedrada? ¿Ni qué carrera quiere usted más lucida, ni que más se asemeje por lo rápida á una carrera de caballo, que la que ya tiene con tan buenos auspicios empezada? ¿Pues no es usted ya periodista? ¿Qué otra cosa han sido hombres que hemos visto llegar al ministerio y arrellanarse en la silla, como quien llega á la posada y se acuesta?

Apéese usted, santo varón, de esa luna, donde lo ve todo efectivamente al revés, y vea las cosas y los libros en este país, claras aquellas como yo se las refiero, y claros estos como generales y oradores.

Empieza usted su carta confesando, con raro candor, que usted se convence. ¿Está usted en sí? Ha hecho usted bien en irse á la luna, porque aquí, amigo, nadie se convence, y eso que media España anda todo el día ocupada en convencer á la otra media. Sin ir más lejos, ahí tiene usted al Gobierno, que son seis nada menos, empeñado en convencernos á todos de que ellos son los únicos que saben mandar, y á los

periodistas, que somos más de seiscientos, empeñados en convencerles de que cualquiera de nosotros lo haría mejor; y ni ellos convencen á nadie, ni nosotros á ellos. En este embrollo, está el mal en que todos queremos ser ministros, y así es imposible que nos convenzamos nunca; para conseguirlo sería preciso dar sillas, y no razones, y por eso acabamos tan á menudo á silletazos. Vea usted, pues, lo que hace, que si él es el único que se convence, vendrá usted á parar en que todos le mandemos.

Me echa usted luégo en cara que digo una cosa y hago otra: amigo, yo no vivo en la luna, sino en Madrid: digo hoy una cosa para poder hacer otra mañana. ¿De qué diablos le sirve á usted tanto como estudia? Pues si usted desea casarse y le dice á la novia que harán luégo mala vida; si necesita dinero y va y dice al que se lo presta que no se lo ha de pagar; si anhela ser diputado y le cuenta á su provincia que no trata de representarla, sino de llegar al poder; si ambiciona ser ministro y le confiesa á la nación que quiere tiranizarla; ¿le parece á usted, señor Estudiante, que llegará jamás por ese sistema á tener ni mujer que le quiera, ni amigo que le preste, ni provincia que le elija, ni secretaría que despachar? ¿Á sus ojos de usted no está suficientemente probado todavía que para conseguir hay que decir una cosa antes y hacer otra después? Pues dígame, ¿por dónde han logrado los que en el día tienen? No, sino haga usted lo contrario, y verá cómo le va.

Si usted no sabe más, señor Estudiante, bueno será que siga estudiando, pues, sea dicho en puridad de verdad, veo que no sirve para otra cosa. Y en acabando puede usted pretender una cátedra de humanidades, que dará gozo oírle á usted. Y aun yo que me voy por el otro camino, y que por él llegaré como los demás á ser ministro, prometo á usted con el tiempo dejarle cesante por el ministerio de mi cargo en cuanto cumpla veinte años un sobrino mío, que probablemente querrá á esa edad gozar el sueldo de la cátedra de usted, y que será el mejor catedrático del mundo, porque desde pequeñito prometía ser un zote, y le da por la intriga que es un contento; de tal suerte que no sirve, vive Dios, sino para sobrino de ministro, que es precisamente para lo que le crío.

Y con esto queda de usted su afectísimo — *Figaro*

LOS AMANTES DE TERUEL

DRAMA EN CINCO ACTOS, EN PROSA Y VERSO

POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

VENIR á aumentar el número de los vivientes, ser un hombre más donde hay tantos hombres, oír decir de sí: «*Es un tal fulano,*» es ser un árbol más en una alameda. Pero pasar cinco ó seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar á un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazón, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oír al día siguiente de sí mismo al pasar por una calle ó por el Prado: «*Aquel es el escritor de la comedia aplaudida,*» eso es algo; es nacer; es devolver al autor de nuestros días por un apellido oscuro un nombre claro; es dar alcurnia á sus ascendientes en vez de recibirla de ellos; es sobreponerse al vulgo, y decirle: «*Me has creído tu inferior, sal de tu engaño; poseo tu secreto y el de tus sensaciones, domino tu aplauso y tu admiración; de hoy más no estará en tu mano despreciarme, medianía; calúmniame, aborreceme, si quieres, pero alaba.*» Y conseguir esto en veinticuatro horas, y tener mañana un nombre, una posición, una carrera hecha en la sociedad, el que quizá no tenía ayer dónde reclinar su cabeza, es algo, y prueba mucho en favor del poder del talento. Esta aristocracia es por lo menos tan buena como las demás, pues que tiene el lustre de la de la cuna, y pues que vale dinero como la de la riqueza.

El drama que motiva estas líneas tiene en nuestro pobre juicio bellezas que ponen á su autor no ya fuera de la línea del vulgo, pero que lo distinguen también entre escritores de nota. Sincèramente le debemos alabanza, y aquí citaremos de nuevo, como otras veces hemos hecho, á los que de maldicientes nos acusan: solo se presenta el autor de *Los Amantes de Teruel*, sin pandilla literaria detrás de él, sin alta po-

sición que le abone; no le conocemos; pero nosotros, *mordaces* y *satíricos*, contamos á dicha hacer justicia al que se presenta reclamando nuestro fallo, con memoriales en la mano como *Los Amantes de Teruel*. Si la indignación afila á veces nuestra pluma, corre sobre el papel más feliz y más ligera para alabar que para censurar.

No haremos de *Los Amantes de Teruel* un análisis minucioso; vale en nuestro entender la pena de ser visto; y para quien no tenga la curiosidad de verle, ¿qué interés puede ofrecer nuestro artículo?

La historia de Isabel de Segura y de Diego Marsilla, legada por la tradición á la posteridad, y consignada en el poema y en los apuntes del escribano Yagüe, es popular, trivial casi en nuestro país; á más de una persona hemos oído deducir de esa trivialidad la imposibilidad de hacer con ella un buen drama. Tiempo es de alegar razones que rebatan esta opinión, puesto que nosotros no participamos de ella. El ingenio no consiste en decir cosas nuevas, maravillosas y nunca oídas, sino en eternizar, en formular las verdades más sabidas; que dos amantes se amen y muera uno por otro, es efectivamente idea tan poco nueva, que apenas hay comedia, anécdota ó cuento, cuya intriga no gire sobre la exageración ó los excesos del amor; pero el ingenio no está en el asunto, sino en el autor que le trata; si en el asunto pudiera estar, la comedia de Montalván que trata la misma tradición hubiera sido buena, ó mala la de Hartzenbusch. Aquella es sin embargo una pobre trama salpicada de trivialidades y lugares comunes, y ésta es un destello de pasión y sentimiento.

¿Qué es don Juan Tenorio, sino un disipado, seductor de mujeres, como mil se han presentado en el teatro antes y después de *El Convidado de piedra*? Sin embargo, ¿por qué han quedado todos enterrados en la oscuridad con sus autores, y sólo *El Convidado de piedra* se ha hecho europeo, universal?

¿Qué es un celoso, sino un sér común de que hay una muestra en cada intriga amorosa y que cien poetas han pintado? ¿Por qué *Otelo* sólo, por qué sólo el celoso de Shakspeare ha traspasado su época y su teatro?

¿Qué es el *Faust* de Goethe sino una idea al alcance de todo el mundo desenvuelta por un ingenio superior?

¿Qué es un loco y una manía para asombrar el mundo?

Llenos están de ellos los hospitales y las novelas. ¿Por qué Cervantes sólo hace llegar el suyo á la posteridad?

¿Qué dice Molière cuando el *Bourgeois Gentilhomme* cae en la cuenta de que toda su vida ha hablado prosa sin saberlo, más que una simpleza, que parece estar al alcance de todo el que la oye, y que nadie sin embargo ha dicho sino él?

¿Quién ignora que los goces acaban la vida y que cada deseo realizado se lleva una porción de nuestra existencia? ¿Ha sido sin embargo lo sabido de la idea un obstáculo para que Balzac se haya coronado de gloria con *La Peau de chagrin*?

El huevo de Colón es la parábola más significativa de lo que hace el talento. Las verdades todas son triviales y sabidas: es fuerza saberlas decir y presentar.

No hemos querido establecer comparaciones: no son los coetáneos de una obra ni los críticos de periódicos los que pueden fijar imparcialmente el puesto que ha de ocupar en la biblioteca de la humanidad; la posteridad sólo decide, y la sucesión de los tiempos, si la obra de un ingenio está escrita en la lengua universal, y si ha de abarcar el mundo. Sólo hemos querido probar que la trivialidad del asunto no es obstáculo, sino que al paso que es aumento de dificultad, es el primer síntoma de verdadero talento.

Los Amantes de Teruel están escritos en general con pasión, con fuego, con verdad.

La mayor dificultad que ofrecía el asunto era esa misma publicidad, ese amor colosal que la imaginación y la tradición abultan hasta lo infinito. ¿Cómo persuadir al auditorio que la amante de Teruel podía dar su mano á quien no fuese dueño de su corazón! Era preciso sin embargo, y no había más medio para eso que poner á Isabel en posición tal, que sin menoscabarse en nada lo sublime, lo ideal de su pasión, pudiese aparecer casada y casada voluntariamente, pues sólo voluntariamente puede casarse quien puede morir. El autor ha evitado este escollo con raro tino, y ha encontrado el secreto de este resorte dramático en la misma virtud, en la perfección misma de su protagonista, inventando un episodio bellísimo en la pasión criminal de la madre de Isabel; preparada con tal discreción, que cuando el espectador la sabe, como llega á su noticia acompañada del castigo y de las angustias del delito, hace más sublime á esa misma madre; por-

que la sublimidad, en el teatro sobre todo, no está en la perfección sin tacha, sino en la lucha de la debilidad humana y de la virtud vencedora. Rodeada Isabel por todas partes, creída de que su amante la ha faltado, cumplido el plazo, obligada por el honor y la felicidad de su madre, que es deuda en ella conservar ilesos, deudora de inmensos beneficios á Azagra, en sí misma y en su familia, cede, no empero á la seducción ó á la inconstancia, sino al deber. Pero el marido que así abusa de la posición de Isabel es un monstruo. No; porque el autor ha tenido la habilidad de pintar en él un afecto loco, y don Rodrigo no cede, abusando de Isabel, á un amor vulgar, sino á un sentimiento muy creíble para el espectador, que ya ha hecho la concesión del amor extraordinario de Isabel y Marsilla. En la excelente escena tercera del acto cuarto el público se reconcilia completamente con Azagra y perdona los medios en gracia de su pasión violenta y desinteresada, que se contenta con el título de esposo. De esta suerte preside al drama no la maldad, repugnante siempre cuando se presenta en las tablas fría y estéril, sino la fatalidad, la hermosura misma de Isabel, que le acarrea sus desventuras todas.

Nunca se pudo decir con más razón:

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

Y esa fatalidad que preside al drama se halla exactamente fijada en los dos versos que dice Marsilla, tan amargos y enérgicos:

¡Maldito el hombre que virtudes siembra
para coger cosecha de desgracias!

Marsilla luchando á brazo partido, y solo, contra esa fatalidad, es una creación llena de valor y de entereza. Pobre, se enriquece; el amor de una mujer se atraviesa como un obstáculo insuperable á su felicidad: torna á su patria y es despojado y detenido en el momento más crítico de su vida por unos bandidos que no pueden comprender, cuando le roban un tesoro, que le roban el tiempo, que es para él más que la vida; la venganza misma de esa mujer le salva, pero tarde. Isabel está casada y él ha oído el eco de la campanada que se lo anuncia; el crimen es el único recurso y le cometerá; los

hombres han sido un obstáculo y los vencerá; un vínculo sagrado le priva de su bien. *Es sacrilego*, responde, *es injusto*.

En presencia de Dios formado ha sido.
—Con mi presencia queda destruído.

Sublime respuesta de la pasión, tan sublime por lo menos como el famoso *Qu'il mourût* de Corneille, porque para la pasión no hay obstáculo, no hay mundo, no hay hombres, no hay más Dios, en fin, que ella misma. Sacrilegio sublime como el de Ajax en Homero.

El autor ha sabido hacer interesantes á todos sus personajes y esta verdad resultaría más palpable si el drama hubiera sido bien representado. El padre sacrifica á su hija, á su despecho, víctima del honor, bien diferente en aquel siglo del que en el día se usa; la madre sacrifica á su hija, no ya por sí, sino para salvar la honra y la tranquilidad de su esposo; su larga expiación lava su culpa; Isabel sacrifica su mano por salvar á su madre, en holocausto á su familia y á la gratitud; Azagra mismo y la mora enamorada sacrifican la dicha de los amantes, porque ellos también aman y el amor es el sentimiento más egoísta. Si Isabel y Marsilla, sólo porque aman, tienen derecho á conseguir el objeto de su pasión ante los ojos del espectador, el mismo derecho tienen Azagra y la mora, porque también aman: su pasión disculpa sus acciones. Todos obran á un fin y movidos por un resorte superior á ellos mismos. Y ese mismo amor que pudiera haber hecho dichosos á los amantes, es el único que desbarata su felicidad.

Hemos dicho que esta verdad resultaría más palpable si el drama hubiera sido mejor ejecutado. Sí, Azagra y la mora parecen odiosos porque no han expresado su pasión; sólo ésta puede disculpar los excesos: un amor vicioso y poco violento no autoriza á nada y si lo que Azagra y la mora sienten no es más que un mero capricho ó un empeño de amor propio, no es perdonable en ellos que perturben la dicha de dos seres que saben amar mejor que ellos. Lo decimos con sentimiento, la señora Bravo no ha desempeñado su papel con fuego; y el señor Romea, á quien tantas veces hemos alabado, y á quien quisiéramos poder alabar siempre, ha hecho el de Azagra con tibieza. ¿Habrà creído acaso que es menos

brillante que el de Marsilla? Nosotros juzgamos todo lo contrario: en Azagra se ofrecía la dificultad de una lucha constante entre la generosidad y la pasión: nos parece más fácil presentar al público un carácter de enamorado, siempre igual, siempre violento, que el de un amante despechado y no correspondido, que toma por fuerza la mano de una mujer.

Muchas bellezas del drama han pasado oscurecidas por faltas de la representación; sin embargo, haremos la justicia de decir que el señor Latorre ha hecho esfuerzos laudables, que la señora Baus ha descubierto un celo grande y que la actriz encargada del papel de Isabel ha merecido algunos aplausos justos.

Una de las situaciones mejor imaginadas en el drama dependía enteramente de la ejecución: tal es el momento en que se muda la escena en el cuarto acto desde Teruel á sus inmediaciones, y en que después de haberse oído de cerca la campana de vísperas que anuncia la boda de Isabel, vuelve á resonar á lo lejos en un bosque donde los bandidos tienen atado al infeliz amante. Es imposible además que se represente una escena peor que la han representado los tales bandidos: si no asesinan á Marsilla, asesinan por lo menos el autor y el drama.

La versificación y el estilo nos han parecido excelentes; castizo el lenguaje y puro, y tanto en él como en la representación y en los trajes, bastante bien guardados los usos y costumbres de la época.

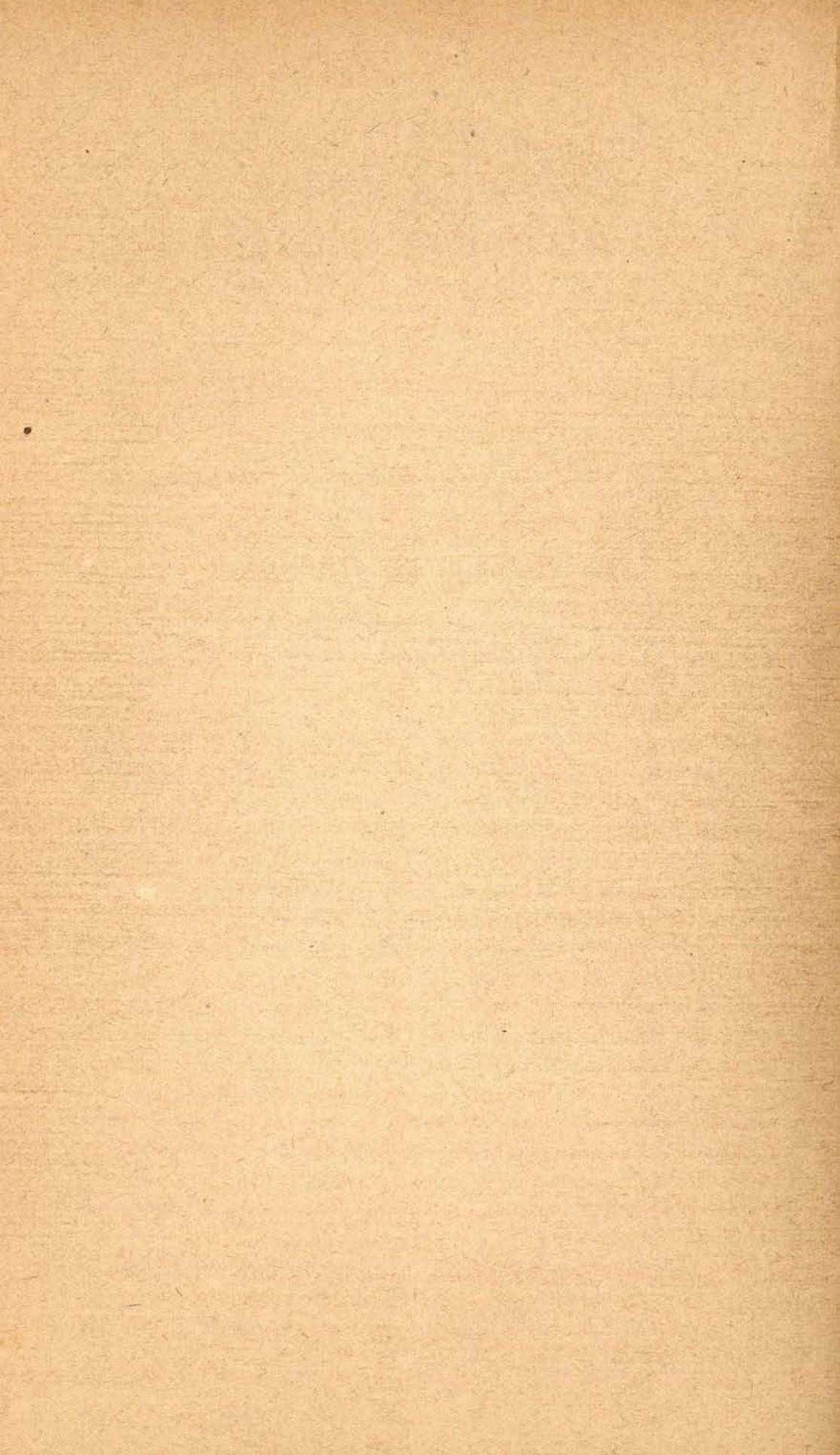
Hemos oído culpar de largas y lánguidas varias escenas; confesando que algunas pudieran haberse descargado un tanto; ¿se nos permitirá poner á esta crítica un reparo? En el teatro, escenas cortas mal dichas, ó dichas de prisa, pueden parecer más largas que escenas realmente largas bien dichas y pronunciadas despacio. Y esto no es una paradoja, porque lo que hace parecer larga una escena no es su dimensión, sino la falta de interés; y tanto vale que no le haya como que la torpeza de los actores se le quite ó le oscurezca. Cuando se da á cada palabra su sentido, á cada idea su valor, encuentra el público una mina de sensaciones que le ocupan y le entretienen y hacen desaparecer el tiempo, bien así como un cuarto de hora pasado en compañía de un necio ó de una vieja regañona puede parecer un siglo al mismo hombre á

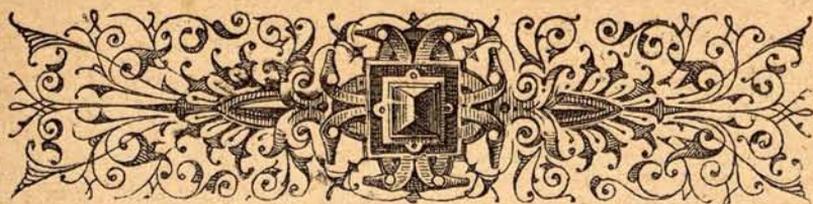
quien se le hace corto un día entero transcurrido al lado de su amada ó en buena sociedad.

No quisiéramos que el autor hubiese creído necesario recargar tanto en el papel de doña Margarita las exclamaciones acerca de su delito; hubiéramos querido eliminar algunas repeticiones inútiles de la palabra *adulterio*, mal sonante sobre todo delante de Isabel; existe un pudor en el mismo corazón del culpable que le hace evitar el nombre de su falta y en la escena en que la madre descubre la suya hubiera sido de más efecto que la hija hubiese adivinado por medias palabras. No es lo que se dice á veces lo que hace más efecto, sino lo que se calla ó se deja entender.

Algún otro lunar pudiéramos advertir; pero nos parece mejor dejarlo al propio discernimiento del autor, que tan bueno le manifiesta: en nuestro humilde juicio, las bellezas oscurecen los defectos; nosotros animamos al poeta á proseguir la carrera que tan brillantemente empieza, no ya como jueces de su obra, sino como émulos de su mérito, como necesitados de sus producciones; y si oyese repetir á sus oídos un cargo vulgar que á los nuestros ha llegado y que ni mentar hemos querido en este artículo; si oyese decir que el final de su obra es inverosímil, que el amor no mata á nadie, puede responder que es un hecho consignado en la historia; que los cadáveres se conservan en Teruel, y la posibilidad en los corazones sensibles; que las penas y las pasiones han llenado más cementerios que los médicos y los necios; que el amor mata (aunque no mate á todo el mundo) como matan la ambición y la envidia; que más de una mala nueva al ser recibida ha matado á personas robustas, instantáneamente y como un rayo; y aun será en nuestro entender mejor que á ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazón la respuesta, no comprenderá ninguna. Las teorías, las doctrinas, los sistemas se explican; los sentimientos se sienten.

ARTÍCULOS POLITICOS





NADIE PASE SIN HABLAR AL PORTERO,

6

LOS VIAJEROS EN VITORIA

POR qué no ha de tener España su portero, cuando no hay casa medianamente grande que no tenga el suyo. En Francia eran antiguamente los suizos los que se encargaban de esta comisión; en España parece que la toman sobre sí algunos vizcaínos. Y efectivamente, si nadie ha de pasar hasta hablar con el portero, ¿cuándo pasarán los de allende si se han de entender con un vizcaíno? El hecho es, que desde París á Madrid no había antes más inconveniente que vencer que 365 leguas, las landas de Burdeos y el registro de la puerta de Fuencarral. Pero hete aquí que una mañana se levantan unos cuantos alaveses (Dios los perdone) con humor de discurrir, caen en la cuenta de que están en la mitad del camino de París á Madrid, como si dijéramos estorbando, y hete que exclaman:—Pues qué, ¿no hay más que venir y pasar? *Nadie pase sin hablar al portero.* De entonces acá cada alavés de aquellos es un portero, y Vitoria es un cucurucho tumbado en medio del camino de Francia: todo el que viene entra; pero hacia la parte de acá está el fondo del cucurucho, y fuerza es romperle para pasar.

Pero no ocupemos á nuestros lectores con inútiles digresiones. Amaneció en Vitoria y en Álava uno de los primeros

días del corriente, y amanecía poco más ó menos como en los demás países del mundo; es decir, que se empezaba á ver claro, digámoslo así, por aquellas provincias, cuando una nubecilla de ligero polvo anunció en la carretera de Francia la precipitada carrera de algún carruaje procedente de la vecina nación. Dos importantes viajeros, francés el uno, español el otro, envuelto éste en su capa, y aquel en su capote, venían dentro. El primero hacía castillos en España, el segundo los hacía en el aire, porque venían echando cuentas acerca del día y hora en que llegar debían á la villa de Madrid, leal y coronada (sea dicho con permiso del padre Vaca). Llegó el veloz carruaje á las puertas de Vitoria, y una voz estentórea, de estas que salen de un cuerpo bien nutrido, intimó la orden de detener á los ilusos viajeros.—¡Hola! ¡ehl! dijo la voz, nadie pase.—¡Nadie pase! repitió el español.—¿*Son ladrones?* dijo el francés.—No, señor, repuso el español asomándose, *son de la aduana*. Pero ¿cuál fué su admiración cuando sacando la cabeza del empolvado carruaje, echó la vista sobre un corpulento religioso, que era el que toda aquella bulla metía? Dudoso todavía el viajero, extendía la vista por el horizonte por ver si descubría alguno del resguardo; pero sólo vió otro padre al lado y otro más allá, y ciento más, repartidos aquí y allí como los árboles en un paseo.—¡Santo Dios! exclamó: ¡cochero! este hombre ha equivocado el camino; ¿nos ha traído usted al yermo ó á España?—Señor, dijo el cochero, si Álava está en España, en España debemos estar.—Vaya, poca conversación, dijo el padre, cansado ya de admiraciones y asombros: conmigo es con quien se las ha de haber usted, señor viajero.—¡Con usted, padre! ¿Y qué puede tener que mandarme su reverencia? Mire que yo vengo confesado desde Bayona, y de allá aquí maldito si tuvimos ocasión de pecar, ni aun venialmente, mi compañero y yo, como no sea pecado viajar por estas tierras.—Calle, dijo el padre, y será mejor para su alma. En nombre del Padre, y del Hijo...—¡Ay Dios mío! exclamó el viajero, erizados los cabellos, que han creído en este puebló que traemos los malos y nos conjuran.—Y del Espíritu Santo, prosiguió el padre; apéense, y hablaremos.—Aquí empezaron á aparecerse algunos facciosos y alborotados, con un Carlos V cada uno en el sombrero por escarapela.

Nada entendía á todo esto el francés del diálogo; pero bien

presumía que podía ser negocio de puertas. Apeáronse, pues, y no bien hubo visto el francés á los padres interrogadores, —¡ Cáspital! dijo en su lengua, que no sé cómo lo dijo, ¡ y qué uniforme tan incómodo traen en España las gentes del resguardo, y qué sanos están, y qué bien portados! Nunca hubiera hablado en su lengua el pobre francés.—¡ Contrabando! clamó el uno; contrabando, clamó otro; y contrabando fué repitiéndose de fila en fila. Bien como cuando cae una gota de agua en el aceite hirviendo de una sarten puesta á la lumbre, álzase el líquido hervidor, y bulle, y salta, y levanta llama, y chilla, y chisporrotea, y cae en el hogar, y alborota la lumbre, y subleva la ceniza, espelúznase el gato inmediato que descansando junto al rescoldo dormía, quémanse los chicos, y la casa es un infierno; así se alborotó, y quemó, y se espeluznó y chilló la retahila de aquel resguardo de nueva especie, compuesto de facciosos y de padres, al caer entre ellos la primera palabra francesa del extranjero desdichado.

—Mejor es ahorcarle, decía uno, y servía el español al francés de truchimán.—¡ Cómo ha de ser mejor! exclamaba el infeliz.—Conforme, reponía uno, veremos.—¿ Qué hemos de ver, clamaba otra voz, sino que es francés?

Calmóse, en fin, la zalagarda; metiéronlos con los equipajes en una casa, y el español creía que soñaba y que luchaba con una de aquellas pesadillas en que uno se figura haber caído en poder de osos, ó en el país de los caballos, ó Houin-hoins, como Gulliver.

Figúrese el lector una sala llena de cofres y maletas, provisiones de comer, barriles de escabeche y botellas, repartidas aquí y allí, como suelen verse en las muestras de las lonjas de ultramarinos. ¡ Ya se ve! era la intendencia. Dos monacillos hacían en la antesala con dos voluntarios facciosos el servicio que suelen hacer los porteros de estrado en ciertas casas, y un robusto sacristán, que debía de ser el portero de golpe, los introdujo. Varios carlistas y padres registraban allí las maletas, que no parecía sino que buscaban pecados por entre los pliegues de las camisas, y otros varios viajeros, tan asombrados como los nuestros, se hacían cruces como si vieran al diablo. Allá en un bufete, un padre más reverendo que los demás, comenzó á interrogar á los recién llegados.

—¿ Quién es usted? le dijo al francés; y el francés callado, que no entendía. Pidiósele entonces el pasaporte.

—¡Pues! francés, dijo el padre. ¿Quién ha dado este pasaporte?

—Su majestad Luís Felipe, rey de los franceses.

—¿Quién es ese rey? Nosotros no conocemos á la Francia, ni á ese don Luís. Por consiguiente, este papel no vale. ¡Mire usted, añadió entre dientes, si no habrá algún sacerdote en todo París que pueda dar un pasaporte, y no que nos vienen ahora con papeles mojados!!!

—¿Á qué viene usted?

—Á estudiar este hermoso país, contestó el francés con aquella afabilidad tan natural en el que está debajo.

—¿Á estudiar? ¿eh? Apunte usted, secretario: estas gentes vienen á estudiar: me parece que los enviaremos al tribunal de Logroño...

—¿Qué trae usted en la maleta? Libros... pues... *Recherches sur... al sur* ¿eh? este *Recherches* será algún autor de marina: algún herejote. Vayan los libros á la lumbre. ¿Qué más? ¡Ah! una partida de relojes; á ver... *London...* ese será el nombre del autor. ¿Qué es esto?

—Relojes para un amigo relojero que tengo en Madrid.

—*De comiso*, dijo el padre, y al decir *de comiso*, cada circunstancia cogió un reloj, y metiósele en la faltriquera. Es fama que hubo alguno que adelantó la hora del suyo para que llegase más pronto la del refectorio.

—Pero, señor, dijo el francés, yo no los traía para usted...

—Pues nosotros los tomamos para nosotros.

—¿Está prohibido en España el saber la hora que es? preguntó el francés al español.

—Calle, dijo el padre, si no quiere se le exorcice; y aquí le echó la bendición por si acaso. Aturdido estaba el francés, y más aturdido el español.

Habíanle entre tanto desbaliado á éste dos de los facciosos, que con los padres estaban, hasta del bolsillo, con más de tres mil reales que en él traía.

—¿Y usted, señor de acá? le preguntaron de allí á poco, ¿qué es? ¿quién es?

—Soy español y me llamo don Juan Fernández.

—Para servir á Dios, dijo el padre.

—Y á su majestad la reina nuestra señora, añadió muy complacido y satisfecho el español.

—Á la cárcel, gritó una voz; á la cárcel, gritaron mil.

—Pero, señor, ¿por qué?

—¿No sabe usted, señor revolucionario, que aquí no hay más reina que el señor don Carlos V, que felizmente gobierna la monarquía sin oposición ninguna?

—¡ Ah! yo no sabía.

—Pues sépalo, y confíeselo, y...

—Sé y confieso, y... dijo el amedrentado dando diente con diente.

—¿Y qué pasaporte trae? También francés... Repare usted, padre secretario, que estos pasaportes traen la fecha del año 1833. ¡ Qué de prisa han vivido estas gentes!

—¿Pues no es el año en que estamos? ¡ Pesia á mí! dijo Fernández, que estaba ya á punto de volverse loco.

—En Vitoria, dijo enfadado el padre, dando un porrazo en la mesa, estamos en el año 1.º de la cristiandad, y cuidado con pasarme de aquí.

—¡ Santo Dios! en el año 1.º de la cristiandad. ¿ Con que todavía no hemos nacido ninguno de los que aquí estamos? exclamó para sí el español. ¡ Pues vive Dios que esto va largo! Aquí se acabó de convencer, así como el francés, de que se había vuelto loco, y lloraba el hombre y andaba pidiendo su juicio á todos los santos del Paraíso.

Tuvieron su club secreto los facciosos y los padres, y decidieronse por dejar pasar á los viajeros: no dice la historia por qué; pero se susurra que hubo quien dijo, que si bien ellos no reconocían á Luís Felipe, ni le reconocerían jamás, podría ocurrir que quisiera Luís Felipe venir á reconocerlos á ellos, y por quitarse de encima la molestia de esta visita, dijeron que pasasen, mas no con sus pasaportes, que eran nulos evidentemente por las razones dichas.

Díjoles, pues, el que hacía cabeza sin tenerla: Supuesto que ustedes van á la revolucionaria villa de Madrid, la cual se ha sublevado contra Álava, vayan en buen hora, y cárguenlo sobre su conciencia: el Gobierno de esta gran nación no quiere detener á nadie; pero les daremos pasaportes válidos. Extendióseles en seguida un pasaporte en la forma siguiente:



AÑO PRIMERO DE LA CRISTIANDAD

NOS, fray Pedro Jiménez Vaca.—Concedo libre y seguro pasaporte á don Juan Fernández, de profesión católico, apostólico y romano, que pasa á la villa revolucionaria de Madrid á diligencias propias: deja asegurada su conducta de catolicismo.

—Yo, además, que soy padre intendente, habilitado por la Junta suprema de Vitoria, en nombre de su majestad el emperador Carlos V, y el padre administrador de correos que está ahí aguardando el correo de Madrid, para despacharlo á su modo, y el padre capitán del resguardo, y el padre gobierno que está allí durmiendo en aquel rincón, por quitarnos de quebraderos de cabeza con la Francia, quedamos fiadores de la conducta de catolicismo de ustedes; y como no somos capaces de robar á nadie, tome usted, señor Fernández, sus tres mil reales en esas doce onzas de oro, que es cuenta cabal: y se las dió el padre efectivamente.

Tomó Fernández las doce onzas, y no extrañó que en un país donde cada 1833 años no hacen más que uno, doce onzas hagan tres mil reales.

Dicho esto, y hecha la despedida del padre prior, y del desgobernador gobierno que dormía, llegó la mala de Francia, y en expurgar la pública correspondencia, y en hacernos el favor de leer por nosotros nuestras cartas, quedaba aquella nación poderosa y monástica ocupada á la salida de entrambos viajeros, que hacia Madrid se venían, no acabando de comprender si estaban real y efectivamente en este mundo, ó si habían muerto en la última posada sin haberlo echado de ver; que así lo contaron en llegando á la revolucionaria villa de Madrid, añadiendo que por allí *nadie pasa sin hablar al portero*.

LA PLANTA NUEVA

Ó EL FACCIOSO

HISTORIA NATURAL

RAZÓN han tenido los que han atribuído al clima influencia directa en las acciones de los hombres: duros guerreros ha producido siempre el norte, tiernos amadores el mediodía, hombres crueles, fanáticos y holgazanes el Asia, héroes la Grecia, esclavos el África: seres alegres é imaginativos el risueño cielo de Francia, meditabundos aburridos el nebuloso Albión. Cada país tiene sus producciones particulares: he aquí por qué son famosos los melocotones de Aragón, la fresa de Aranjuez, los pimientos de Valencia y los facciosos de Roa y Vizcaya.

Verdad es que hay en España muchos terrenos que producen ricos facciosos con maravillosa fecundidad: país hay que da en un solo año dos ó tres cosechas; puntos conocemos donde basta dar una patada en el suelo, y á un volver de cabeza nace un faccioso. Nada debe admirar por otra parte esta rara fertilidad, si se tiene presente que el faccioso es fruto que se cría sin cultivo, que nace solo y silvestre entre matorrales, y que así se aclimata en los llanos como en los altos; que se trasplanta con facilidad, y que es tanto más robusto y rozagante cuanto más lejos está de población: esto no es decir que no sea también en ocasiones planta doméstica: en muchas casas los hemos visto y los vemos diariamente, como los tiestos, en los balcones, y aun sirven de dar olor fuerte y cabezudo en cafés y paseos; el hecho es que en todas partes se crían; sólo el orden y el esmero perjudican mucho á la cría del faccioso, y la limpieza, y el olor de la pólvora sobre todo, le matan: el faccioso participa de las propiedades de muchas plantas; huye, por ejemplo, como la sensitiva al irlle á echar mano; se encierra y esconde como la capuchina á la luz del sol, y se desparrama de noche; carcome y destruye como la ingrata yedra el árbol á que se arrima, tiende sus brazos como toda planta parásita para buscar puntos de apoyo; gústanle

sobre todo las tapias de los conventos, y se mantiene, como esos frutos, de lo que coge á los demás; produce lluvia de sangre como el polvo germinante de muchas plantas, cuando lo mezclan las auras á una leve lluvia de otoño; tiene el olor de la asafétida, y es vano como la caña; nace como el cedro en la tempestad, y suele criarse escondido en la tierra como la patata; pelecha en las ruinas como el jaramago; pica como la cebolla, y tiene más dientes que el ajo, pero sin tener cabeza; cría, en fin, mucho pelo como el coco, cuyas veces hace en ocasiones.

Es planta peculiar de España, y eso moderna, que en lo antiguo ó se conocía poco, ó no se conocía por ese nombre: la verdad es que ni habla de ella Estrabón, ni Aristóteles, ni Dioscórides, ni Plinio el joven, ni ningún geógrafo, filósofo ni naturalista, en fin, de algunos siglos de fecha.

En cuanto á su figura y organización, el faccioso es en el reino vegetal la línea divisoria con el animal, y así como la mona es en éste el sér que más se parece al hombre, así el faccioso en aquel es la producción que más se parece á la persona: en una palabra, es al hombre y á la planta lo que el murciélago al ave y al bruto; no siendo, pues, muy experto, cualquiera lo confunde; pondré un ejemplo: cuando el viento pasa por entre las cañas silba; pues cuando pasa por entre facciosos habla: he aquí el origen del órgano de la voz entre aquella especie. El faccioso echa también, á manera de ramas, dos piernas y dos brazos, uno á cada lado, que tienen sus manojos de dedos, como púas una espiga: presenta faz y rostro, y al verle cualquiera diría que tiene ojos en la cara, pero sería grave error; distínguese esencialmente de los demás seres en estar dotado de sinrazón.

Admirable es la naturaleza y sabia en todas sus cosas: el que recuerde esta verdad y considere las diversas calidades del hombre que andan repartidas en los demás seres, no extrañará cuánto de otras propiedades del faccioso maravillosas vamos á decir. ¿Hay nada más singular que la existencia de un enjambre de abejas, la república de un hormiguero, la sociedad de los castores? ¿No parece que hay inteligencia en la africana palma, que ha de vivir precisamente en la inmediatez de su macho, y que arrancado éste, y viuda ella, dobla su alta cerviz, se marchita, y perece como pudiera una amante tórtola? Por eso no se puede decir que el faccioso tenga

inteligencia, sólo porque se le vean hacer cosas que parezcan indicarlo; lo más que se puede deducir es que es sabia, admirable, incomprehensible la naturaleza.

Los facciosos, por ejemplo, sin embargo de su gusto por el despoblado, júntese, como los lobos, en tropas, por instinto de conservación, se agarran con todas sus ramas al perdido caminante ó al descarriado caballo; le chupan el jugo y absorben su sangre, que es su verdadero riego, como las demás plantas el rocío. Otra cosa más particular. Es planta enemiga nata de la correspondencia pública; donde quiera que aparece un correo, nacen en el acto de las mismas piedras facciosos por todas partes; rodéanle, enrédanle sus ramas entre las piernas, súbensele por el cuerpo como la serpentaria, y le ahogan: si no suelta la baliija muere como Laomedonte, sin poderse rebullir; si há lugar á soltarla, sálvase acaso. Diránme ahora, ¿y para qué quieren la baliija, si no saben leer? Ahí verán ustedes, respondo yo, si es incomprehensible la naturaleza; toda la explicación que puedo dar es que se vuelven siempre á la baliija como el heliótropo al sol.

Notan también graves naturalistas de peso y autoridad en la materia, que así como el feo pulpo gusta de agarrarse á la hermosa pierna de una mujer, y así como esas desagradables florecillas, llenas de púas y en forma de erizos, que llamamos comunmente amores, suelen agarrarse á la ropa, así los facciosos, sobre todo los más talludos y los vástagos principales, se agarran á las cajas de fondos de las administraciones; y plata que tiene roce con facciosos pierde toda su virtud, porque desaparece. ¡Rara afinidad química! Así que, en tiempos revueltos suélese ver una violenta ráfaga de aire que da con un gran manojo de facciosos, arrancados de su tierra natural, en algún pueblo, el cual dejan exhausto, desolado, y lleno de vapor y espanto. Meten por las calles un ruido furioso á manera de proclama, y es niñería querer desembarazarse de ellos, teniendo dinero, sin dejársele; bien así como fuera locura querer salir de un zarzal una persona vestida de seda sino desnuda y arañada.

Muchas de las calidades de esta estrambótica planta pasamos en silencio, que pueden fácilmente de las ya dichas inferirse, como son las de albergarse en tiempos pacíficos entre plantas mejores, como la cizaña entre los trigos, y pasar por buenas, y tomar sus jugos de donde aquellas los toman, y otras.